

cuyo follaje negro é inmóvil ofrecía un singular aspecto. Me acerqué á él, y fue grande mi asombro al notar que aquellas pretendidas hojas eran no mas que un número inmenso de murciélagos enormes suspendidos de las desnudas ramas del árbol por medio de sus engarvitadas patas. Un tiro de fusil cargado con perdigones derribó algunos de ellos, mientras los otros, huyendo con un pesado vuelo, oscurecían literalmente la luz del sol por los muchos millares que de ellos habia. Aquellos inmundos animales, cubiertos de un pelo pajizo, no tienen menos de 8 á 10 centímetros de longitud y de 25 á 30 de altura Su



Vista de la casa de un hechicero en Tofoa.

tablecimientos europeos de Xavi, destruidos, como llevamos dicho, por el rey de Dahomey, Guadya-Truda, en el siglo último.

Después de una hora de marcha por en medio de una llanura bien cultivada entramos de nuevo en los grandes bosques, y á las cinco hicimos alto cerca de una *casa real* construida en un claro de la selva. Se llama casa real una especie de parador destinado á alojar al rey y su comitiva cuando viaja. Existen casas semejantes en un gran número de puntos y no se diferencian de las otras habitaciones, mas que por sus dimensiones, y el cuidado que se tiene con ellas. Pero tal es el respeto de aquellos pueblos á la autoridad real, que nadie, grande ó pequeño pasa por delante de la puerta de una de estas casas sin prosternarse y cubrirse la cabeza de polvo, como en presencia del mismo soberano.

Mientras sentados delante de la puerta de la casa

boca, armada de caninos muy prominentes y su cabeza provista de anchas orejas muy tiesas, les dan un aspecto repugnante. Se han multiplicado de tal manera en aquella comarca, que devoran una parte de sus frutos, sin que los naturales puedan librarse de ellos, por falta de armas de fuego y sobre todo de pólvora (1).

A cosa de las tres, á pesar de un calor sofocante, partimos de Alada. Al salir de la ciudad, á la orilla del camino que seguíamos, noté, medio ocultos en la yerba, cuarenta ó cincuenta cañones de hierro de varios calibres. Provenían sin duda de los antiguos es-

real, á la sombra de grandes árboles, gozábamos de un rato de descanso, el *recadero* condujo delante de

(1) Este animal debe formar una variedad no clasificada aun del género vampiro-pirar rojo, ó *vespertilio maximus* de L. Saint-Hilaire, *vespertilio nyglicens* de los clasificadores modernos. Hé aquí la descripción circunstanciada que da de él un viajero inglés, el cual, por sospechoso que sea, bajo el punto de vista de la geografía real y de los itinerarios por él indicados, merece se la considere por el mucho tiempo que ha residido en la corte y en el interior de Dahomey: «... He notado dos especies de murciélagos vampiros, una en Accra, y algunas otras localidades del litoral, y otra en Wydah y en Abomey, diferenciándose entre sí por su tamaño, apariencia y costumbres, sin que jamás la una se mezcle con la otra. La primera mide solamente 18 pulgadas de alto, y las alas de la segunda alcanzan algunas veces 3 pies de desarrollo, y esta variedad vuela mas de día que de noche. Su cuerpo tiene unas 8 pulgadas de longitud, un pie de circunferencia, y pesa una libra y media. La forma de su cabeza es la de un becerro inglés, á escepcion de los ojos y de la nariz que remeda la testera de

nosotros, á uno de los negros conductores de bagajes. Aquel desgraciado, encargado de conducir un frasco de aguardiente, lo habia roto dejándolo caer, y el *recadero* vino á ponerle á disposición del capitán para que le castigase. M. Vallon creyó que era suficiente una gran reprimenda: el *recadero* no entendia así la disciplina. Hizo poner al culpado de rodillas delante de nosotros, y empezó á aplicarle á las espaldas vigorosos garrotazos. Hasta el duodécimo no cedió á

nuestras instancias, ni consintió en detenerse: por orden suya el pobre apaleado dió gracias al capitán Vallon por su clemente intervencion, y se fué corriendo á ocupar el puesto que le correspondia en la escolta, mucho mas alegremente de lo que podia imaginarme.

Mientras tanto, el tiempo habia empezado á ponerse amenazador. El horizonte cargado de nubes, la pesadez de la atmósfera y algunos ruidos sordos, hacian



Modo de viajar en Dahomey.

presentir una de esas terribles tempestades que en Africa se llaman *tornados*. Partimos á toda priesa,

caballo de raza. Las orejas, mucho mas desarrolladas proporcionalmente que las del perro, están cortadas como las de la rata. Los dientes de delante son felinos, y los molares están acanalados como los del buey. La fuerza maxilar de estos animales es muy considerable, y la vida es en ellos tan persistente como en el gato, pues yo he visto á algunos de sus individuos sobrevivir algunos días á las mas horribles fracturas del cráneo. Su cuerpo, dotado de once pares de costillas, es vigoroso; el dorso del macho es de un bello color pardo, con una lista cenicienta á los lados; el vientre de un color mucho mas claro, se parece al del raton, al paso que en el pecho ofrece una mancha amarilla muy viva. Este es un adorno de que la hembra carece. Sus alas no se diferencian de las del murciélago vulgar sino por su tamaño, y

pero á pesar de la rapidez de nuestra marcha, no estábamos á la mitad del camino cuando estalló la tem-

están dotados en su parte anterior de cinco garabatos y un espolon. La armazón de estas alas (huesos y músculos) ofrece mucha resistencia. Las piernas posteriores, cortas y robustas, terminan tambien en cinco uñas felinas y corvas. Cuando estos animales no vuelan, se cuelgan de los árboles por medio de sus garabatos, y permanecen en ellos con la cabeza hácia abajo. La hembra tiene en el pecho dos mamas, que anatómicamente hablando, se asemejan á las de la mujer. La leche es espesa y blanca. Estos animales emigran de una á otra localidad segun la aparición de los distintos frutos de que se alimentan. Se trasladan á Wydah desde últimos de marzo hasta últimos de abril, y viven principalmente en los guayabos, llantenas y bananos. Su pelo es tan espeso como suave.

pestad. Atravesábamos en aquel momento una parte muy accidentada de la selva; la noche había llegado; la violencia de la lluvia, que trasformaba en baños nuestras hamacas no permitía tener encendidas las antorchas. Nuestra escolta, vivamente impresionada por los relámpagos y truenos, que inspiran á los negros un gran terror, caminaba en silencio, viniendo con frecuencia á ayudar á los que nos llevaban, los cuales resbalaban en la arcillosa tierra del sendero, y fué ocasion en semejante circunstancia de admirar el vigor y la destreza de aquellos hombres, que pronto nos iban á dar aun mayores pruebas. Algunas veces sumergidos en el agua hasta los hombros, porque la lluvia había trasformado todos los barrancos en torrentes, levantaban las hamacas por encima de sus cabezas, y ganando con mucho trabajo los resbaladizos berges, nos izaban á todo el alcance de sus brazos, sin permitirnos aliviarles de su peso echando pie á tierra en los pasos mas difíciles. A cosa de las diez, mojados hasta los huesos y ateridos de frío, llegamos á la aldea de Toffoa, donde debíamos acostarnos.

Toffoa era en otro tiempo la capital de un pais independiente que, como Wydah, fue anexionada al reino de Dahomey durante el último siglo. Está situada á unas 25 millas al Noreste de Alada, en una colina desde la cual se domina una vasta llanura pantanosa que se estiende desde el pie de las fértiles mesetas de Cana y de Abomey. Los naturales dan á esta llanura el nombre de *Lama*, derivado de un antiguo vocablo portugués, que segun yo creo, significa pantano. Durante el invierno y hasta parte de la primavera, el marjal está cubierto de agua y es impracticable. Entonces para ir á Abomey hay necesidad de modificar el itinerario, y en lugar de pasar por Toffoa, se toma hácia el extremo derecho de la Lama, la ciudad de Agrimey, desde donde se pasa en seguida á Cana. Nosotros pudimos aun pasar por la ciénaga, y la cruzamos al dia siguiente.

En Toffoa estuvimos alojados en una gran casa aislada del resto de las habitaciones: era probablemente algun templo ó casa de sacerdote, porque estaba atestada de ídolos. Los había de todas especies, de madera, de tierra, de marfil, grandes y pequeños, de formas humanas ó animales, y tambien fantásticas; de serpientes, monos, perros con cabeza de cocodrilo y de hombres con cabeza de perro. Uno de ellos llamó particularmente nuestra atención; era doble, macho y hembra, de tamaño natural y sentado con las piernas cruzadas, como ciertas divinidades chinas é indias. Los dos bustos, esculpidos en el mismo pedazo de madera, estaban unidos, como en otro tiempo los hermanos Siameses, por el costado, teniendo cada uno de ellos su cabeza y sus miembros distintos. El ídolo hembra, emblema sin duda de la fecundidad, ostentaba el triple orden de

pechos que caracterizó á la Cibele antigua. Estas dos divinidades estaban adornadas de collares de abalorios y de coral, ofrendas de sus adoradores, y rodeadas de vasitos de tierra roja, medio llenos todavía de aceite de palmera con sus torcidas carbonizadas, que atestiguaban que se había quemado delante de ellas aquel incienso un poco grosero. Yo hubiera deseado apropiarme algunas estatuas de las mas pequeñas, notables bajo el punto de vista de la ejecución; pero me dijeron que pudiendo esta sustracción, si se descubria, esponernos á graves inconvenientes, y me tuve que abstener.

El número de habitantes de Toffoa es de unos cuatro ó cinco mil; son apacibles, amables y muy hospitalarios. Acompañado de nuestro intérprete, entré, pasando por la aldea, en una casa llena de negros de los dos sexos. Algunos regalillos de tabaco y alfileres me hicieron simpático en la sociedad. Un pañuelo de algodón que dí á un niño exaltó al mayor grado el reconocimiento de su padre...

A la mañana siguiente, un sol radiante que disipaba las brumas de la mañana nos permitió contemplar el vasto panorama que se estendia á nuestros pies. Delante de nosotros, á 20 ó 25 millas al Norte, se elevaban las primeras colinas de Abomey; á derecha é izquierda, perdiéndose de vista, se estendia la Lama, terreno cenagoso, cortado de riachuelos y lagunas, inextricable laberinto de palmeras enanas y de plantas acuáticas, barrera impenetrable para el que quiera penetrar como enemigo hasta Abomey.

Salimos á las siete de Toffoa, cruzando bellas plantaciones que conservaban la huella de la tempestad de la víspera. Un árbol corpulentísimo había sido tronchado por el rayo, á mas de 20 pies encima de la tierra. A medida que bajábamos, la vegetacion se hacia mas vigorosa, pudiendo apenas abrirnos paso por en medio de las palmeras enanas, zarzas y multitud de plantas desconocidas, entre las cuales noté una especie de reseda arborecente que exhalaba un perfume delicioso. Al llegar al valle se recogieron las hamacas para atravesar á fuerza de trabajos el terreno movedizo, fangoso y obstruido de la Lama. El ruido de nuestros pasos puso sin duda en fuga á los cocodrilos de que se hallaba la ciénaga infestada, pues, no obstante las aserciones de nuestros conductores, que pretendian que los había en gran número, no vimos uno solo siquiera.

Después de cuatro horas de una penosa marcha, llegamos á la mitad del camino á poca diferencia, á un punto ligeramente culminante, donde se han construido algunas chozas á la sombra de gigantescos mangoteros. En aquella aldea, llamada Eponé, se celebra un mercado á que han dado fama las caravanas que desde el interior van á Wydah, las cuales tienen necesariamente que pasar por aquel punto en

que con frecuencia se detienen. En dicho mercado se venden, como en los demás, carnes secas, pescado ahumado, plátanos, maiz, etc. Hay tambien allí una agua escelente y de una frescura deliciosa.

Almorzamos de prisa y corriendo, y proseguimos nuestro camino para atravesar la otra mitad del pantano que nos ofreció las mismas dificultades y las vencimos con igual felicidad. A cosa de las tres nos detuvimos un momento en la aldea de Ackisabam, en que se encuentra un cuerpo de guardia de aduaneros (*decimeros* en lengua portuguesa de Wydah). Allí todas las mercancías que entran ó salen del reino de Dahomey pagan al rey una contribucion. Tuviémos que marcharnos casi inmediatamente para llegar á Cana antes que se hiciera de noche. Afortunadamente el terreno, mas sólido ya, oponia menos dificultades á nuestra marcha. Atravesamos una gran llanura cubierta de yerba muy alta (*yerba de Guinea*, *phaleole gigante*), en la cual desaparecíamos completamente, después un bosque de palmeras, y á las dos horas llegamos á la orilla de un rio, muy profundamente encauzado y que tenia de 30 á 40 pies de ancho. Busqué un puente, un tronco de árbol, algo en fin que nos permitiese trasladarnos á la orilla opuesta; pero muy pronto nuestros conductores se habían medido en el agua hasta los hombros antes que hubiésemos pensado en bajar de las hamacas. Así cruzaron el rio, y nos levantaron á lo alto de la márgen, que era muy escarpada, con el auxilio de otros hombres de la escolta, sin permitir que pusiésemos pie en tierra.

IV.

Cana.—Abomey.—Entrada en la ciudad.

A cosa de una hora después de puesto el sol, llegamos á Cana (1). El cabecero nos aguardaba para manifestarnos que por orden del rey debíamos permanecer allí todo el dia siguiente.

La ciudad de Cana, situada en la misma meseta que Abomey, pasa por la segunda ciudad del reino, aunque su poblacion es muy inferior á la de Wydah. Es la residencia de los grandes sacerdotes, la ciudad santa de Dahomey. El rey posee en ella dos vastas

(1) *Calmina*, *Cananina* de los viajeros y geógrafos de los dos últimos siglos, pertenece al Dahomey desde el reinado de Tacodonon, el cual se apoderó de ella hácia el año de 1630. Segun el inglés Duncan, que la conserva el nombre de *Cananina*, es una ciudad que tiene lo menos diez mil habitantes, cubriendo la vasta estension de una meseta bien cultivada, cuyo aspecto recuerda los mejores campos de Inglaterra, y que domina á una gran distancia toda la comarca. El rey manda conservar allí un edificio para uso esclusivo de los blancos, los cuales sin embargo visitan aquella localidad muy raras veces. Debemos añadir que el nombre de la capital misma está, por algunos autores modernos, ortografiado *Ahomé*.

habitaciones, en que se alojan dos ó tres cientos soldados, y vá allí todos los años en una época determinada para asirtir á los sacrificios humanos. El teatro de estas horribles ejecuciones es una pequeña casa cuadrada, de tierra seca, situada delante de una de las casas del rey. Los muros blanqueados esteriormente, están adornados con frescos groseros de color rojo, que representan animales fantásticos por su forma ó tamaño; serpientes tragándose un hombre todo entero, caimanes, un buque groseramente dibujado: reminiscencias quizá de algun pobre diablo escapado de los negreros. El mas notable de estos dibujos representa un sacerdote armado de una cuchilla, teniendo asido por los cabellos á un desgraciado, que está arrodillado para que se le degüelle. Estas son las armas parlantes de aquel horroroso edificio.

Durante la noche del 15 al 16 de octubre, llegaron los enviados del rey. Vinieron en el momento de despertarnos á cumplimentarnos de su parte y á rogarnos que permaneciésemos en Cana durante el dia 16, para darle tiempo de hacer los preparativos de nuestra recepcion. Ordenaron en seguida que se nos sirvieran los licores que Ghezo nos enviaba, y bebimos á la salud de S. M., mientras que los soldados de la escolta hacian una salva de veinte y un cañonazos, con viejos cañones de hierro puestos en fila delante de la puerta de la casa real donde estábamos alojados.

El dia 16 lo empleamos en recorrer la ciudad de Cana, que no difiere en nada de las que ya hemos descrito, y el 17 por la mañana nos pusimos en camino para Abomey, término de nuestro viaje. La escolta se había aumentado con muchos soldados que habían llegado de Abomey durante la noche, y nuestra caravana ascendia por lo menos á quinientos hombres.

Cuando salimos de Cana, se nos hizo echar pie á tierra para pasar por delante del templo de los malos ídolos, formalidad á que está sometido el mismo rey. Este templo, oculto bajo un espeso follaje de mangoteros y de higueras indias (*hevea guineensis*, *figus indica*), y de otros árboles de follaje sombrío, bosquecillo de aspecto siniestro que recuerda los bosques sagrados que los antiguos consagraban á las Euménides, es el mas venerado de todo Dahomey. Un sacerdote, de pie, agitaba incesantemente una especie de sonajera, murmurando conjuros que nos debian sustraer á la maligna influencia de estas divinidades dañinas. Cuando nos hubimos alejado un poco del templo, subimos de nuevo en nuestras hamacas, y después de dos horas de marcha á lo largo del magnífico camino de 30 á 40 metros de ancho que une Cana con Abomey, nos encontramos delante de la puerta principal de esta ciudad.

Estando poco poblada de árboles esta comarca que

se extiende entre las dos ciudades, y trazado el camino en una colina elevada, el viajero domina el pais adyacente y goza de puntos de vista tan variados como agradables. Las tierras nos parecian bastante bien cultivadas, constituyendo en cierto modo la huerta de Abomey, donde sus habitantes se proveen de trigo y de legumbres. A la mitad del camino, entre Cana y Abomey, los viajeros que nos han precedido dan noticia de una casa de campo perteneciente al rey y de un pequeño lugarejo llamado Daonhy, antigua residencia de la familia reinante y capital de un ter-

ritorio antes que hubiese sido sacada de su oscuridad primera por medio de la astucia y energia salvaje de su antepasado Tocodonu, el cual, á principios del último siglo se apoderó de Cana por traicion y de Abomey por la fuerza de las armas, siendo estos actos de conquistador los que fundaron la grandeza del imperio de Dahomey.

La ciudad de Abomey, situada en un terreno perfectamente llano de la misma meseta de Cana, no tiene menos de 12 a 15 millas de circunferencia. Un ancho foso que tiene de 5 á 6 metros de profundidad,



Casa de los sacrificios en Cana.

y una muralla de tierra seca de 20 pies de altura defienden las avenidas. Se penetra en ella por cuatro puertas, delante de las cuales hay echados sobre el foso puentes de madera muy ligeros y muy fáciles de destruir. La poblacion no guarda relacion con la estension de la ciudad, pues no me pareció que escediese de treinta mil habitantes. Las calles son anchas y bastante limpias, pero están poco animadas, á causa de la disposicion de las casas que se hallan todas encerradas dentro de patios separados de la calle por una tapia de tierra. No hablaré de su construccion especial, pudiéndose aplicar exactamente á Dahomey lo que he dicho de Wydah.

La ciudad tiene grandes plazas, habiendo entre

ellas algunas sombreadas por árboles verdaderamente magníficos. La mas notable, situada en el centro, forma un paralelogramo, cuyos mayores lados no tienen menos de 1,000 metros de estension, y los menores la mitad. Casi en medio de ella se levanta un pequeño edificio de poca apariencia, cuyo techo, de forma redonda, sostenido por una columnata de madera, se parece á los kioscos de nuestros jardines. Es la casa de los sacrificios humanos, en que en circunstancias solemnes son degollados los prisioneros de guerra.

En la misma plaza está el palacio del rey, aglomeracion de una multitud de casas separadas unas de otras por patios y jardines, y que sirven de alo-



Danza de hechiceras en Dahomey.